



El espacio elegido para "La Orestíada" es de una sobria e inquietante belleza.

FILAR CEMBRERO

"La Orestíada", de Esquilo, última producción del CDN

DIOSES Y HOMBRES

Amenaza tormenta. O bien cruje el sol, arroja dardos desde lo alto. No hay término medio. La vieja fábrica de galletas y artesanía popular, futura sede de los centros de producción estatales, de ese macroproyecto denominado Teatro Nacional, hoy derruida, desangelada, parece concentrar sobre sí la mirada escrutadora de los dioses. Ni rastro de sus bulliciosos ocupantes de antaño. Tan sólo unos cuantos rótulos carcomidos sobre la fachada y, en su interior, una emblemática pintada que reza: "Comités Obreros de apoyo a la República".

Otros espectros rondan ahora las naves de la fábrica. Espíritus de dioses y semidioses, de héroes o míseros mortales que anhelan encarnarse de nuevo en un cuerpo, al menos por unas cuantas horas. Durmientes sobre el polvo yacen ánforas fosilizadas, cascos guerreros, máscaras de pan de oro, crótalos, espadas, baldosas rotas de már-

mol... Dos gigantescas cabezas de Atenea y Apolo surgen de la tierra y se miran, con las órbitas vacías, desafiantes, confundidas con bloques de piedra y telas de un rojo sangui-nolento. Un enorme friso resquebrajado cuelga del único muro que ha sobrevivido a la demolición, ondea al viento, junto a los restos de un arquitrabe sostenido por una sola columna. En el centro de la ruina, el suelo se ahonda desvelándonos el sepulcro, adornado con mosaicos, de un poderoso rey: Agamenón. Todo indicaría que estamos en una excavación arqueológica si no fuera por los baúles del CDN, las barras de focos y los amplificadores situados estratégicamente en cada esquina. Sentados en el improvisado anfiteatro de hierro y plástico naranja se apiñan los veinticinco actores y actrices que componen el reparto de *La Orestíada*. Amén de otros tantos técnicos, ayudantes, fotógrafos, periodistas o simples mirones. Caras conocidas y desconocidas. Jóvenes y madu-

ras. Entremezclando sus diversas experiencias: Mari Carmen Prendes, Rafael Alonso, Berta Riaza, Andrés Mejuto, Paca Ojea, José Pedro Carrión, Mar Diez, Joaquín Notario, Amparo Pascual, Toni Cantó, Ana Laborde-ta, Josu Ormaeche, Olalla Aguirre...

Pertrechado bajo un gorro o un paraguas —según las inclinaciones del cielo— William Layton toma infinidad de notas esclarecedoras que luego departirá secretamente. Álvaro del Amo, dramaturgo encargado de la versión, sopesa cada una de las frases que resuenan, intentando saber cuál es su pulso exacto. Arnold Taraborrelli, frente a un coro de atentas bailarinas, comunica físicamente sus intuiciones coreográficas, que no terminan de perfilarse. Los técnicos suben y bajan sin parar, se hacen señas, luchan con el soniquete turbio del ruido.

Pablo Valdés, ayudante de dirección, congrega a los actores, retoca uno a uno todos los elementos de la escenografía. Extremada agitación. Nerviosismo sano, vivo, que, a pesar de todos los problemas que están surgiendo y que han hecho que el estreno se retrase, intenta encauzar con sabiduría José Carlos Plaza. Para los que debutan tiene siempre palabras de aliento. Les contagia su propia energía. Para los que son avezados en el oficio y provienen de otro tipo de escuela, palabras de sosiego. Les insufla su propia confianza. Agarra el micrófono y el equipo vuelve a ponerse en marcha. Se ensayan escenas de Agamenón, se retocan retazos sueltos de las Coéforas, suena la música que Mariano Díaz ha insertado en las Euménides a modo de ópera-rock. Poco a poco, todo va encajando. El complicado rompecabezas va tomando forma. Esquilo no debe resultar un escritor griego sumido en milenios, sino un autor "moderno" que transmita pasiones de hoy, conflictos de hoy. Sin duda, es un riesgo. Un riesgo y un sueño que acosa a Plaza desde hace tiempo, que complementa, en cierta medida, lo dicho en *Hamlet*, su anterior montaje. Cara y cruz de una misma moneda.

Pasan las horas. Cesa la lluvia. Cesa el sol. Las dos espadas de Damocles. Antes de que el equipo se retire a descansar se divide el trabajo de mañana. Ante ellos se abre la incógnita de si el "mensaje" que quieren comunicar llegará o no a los espectadores. Muchas más horas aún de trasiego. Mucho más nerviosismo. Muchísimos kilómetros de camino: Madrid, Barcelona, Mérida, Olite, Itálica, Sagunto... Todo un verano por delante que no se sabe lo que les deparará. Lo contaremos. □

Juan Abeleira